



## DE LISBOA A BERLÍN, PASANDO POR MOSCÚ. CRÓNICA SENTIMENTAL

CARLOS CASARES

No recuerdo bien cuándo me preguntaron por primera vez si quería participar en un viaje en tren de escritores de toda Europa, que se iniciaría en Lisboa a principios del mes de junio del año 2000 y finalizaría en Berlín un mes y medio después, previo paso por San Petersburgo y Moscú. Me pareció una locura simpática y una ocurrencia divertida, pero difícilmente realizable. Por eso me olvidé rápidamente del proyecto y de la invitación que me habían hecho. Sin embargo, conforme avanzaba el tiempo, los encargados de la organización llamaban por teléfono de cuando en vez, enviaban mensajes por correo electrónico para pedir datos personales, solicitaban que se les enviase un relato que debía ser traducido a varias lenguas y recababan ayuda para resolver problemas de tipo burocrático con el gobierno del país. A pesar de todo, yo seguía pensando que el citado viaje no se emprendería jamás.

Confieso que las primeras dudas que empezaron a socavar la fortaleza de esta convicción pesimista surgieron por primera vez en el momento en que los responsables del proyecto me pidieron fotografías para tramitar visados de entrada para Rusia y Bielorrusia. Seguro todavía de que aquella locura no podría llevarse a cabo jamás, me lo tomé con calma, aunque un par de avisos perentorios sobre la imperdonable dilación en entregar las fotos requeridas me hicieron ver también por primera vez que la utopía del viaje en tren por toda Europa iba camino de convertirse en realidad. Entonces me asaltó una especie de temor inconcreto, pero muy fuerte, no a la aventura o a lo desconocido, si no al hecho doméstico de tener que disponer las cosas de la vida práctica de todos los días para que una ausencia tan prolongada no perturbase demasiado los asuntos relacionados con mis obligaciones de tipo profesional.

Desde hace años mantengo una columna diaria, escrita en lengua gallega, en el periódico 'La Voz de Galicia', uno de los de mayor tirada de toda España, y ese compromiso me planteaba algunas cuestiones que debía resolver. Por ejemplo, ¿cómo podría enviar el artículo desde el tren en el supuesto de que me viese obligado a ello por cualquier circunstancia imprevisible? Pasados los primeros momentos de perplejidad e incertidumbre, convencido ya plenamente de que el viaje era inevitable, me puse a arreglar ese tipo de problemas. Supe así que existían unas tarjetas o artilugios electrónicos que permiten enviar mensajes desde un ordenador portátil situado en cualquier parte del mundo hasta otro ordenador, aunque éste se encuentre a miles de kilómetros de distancia. El planeta entero al alcance de la mano, incluso para un hombre del finisterre como yo. Ese prodigioso invento haría posible más tarde que durante seis semanas, sin perder un solo

día, pudiese enviar una crónica diaria a mi periódico sobre el 'Expreso de la Literatura'. Estoy seguro de que en ningún otro país se siguió el viaje con tanto interés y con tanta información como en Galicia.

Nunca, sin embargo, nadie se enteró de esto en el expreso, ni los organizadores ni los protagonistas. Con frecuencia, cuando me cruzaba con mis colegas en los pasillos del tren o en los hoteles o en la calle de las ciudades que visitábamos, me divertía pensar que todos ellos ignoraban el hecho de que sus hazañas, sus historias y sus manías, cuando no sus congojas, eran reflejadas día a día en un viejo periódico gallego, sin que tuviesen la más remota noción de que eso estuviese ocurriendo con sus vidas. Ahora mismo, cuando ya han pasado varios meses, ni Virginija Zachajeva, la búlgara, sabe que hablé de la agradable transparencia de sus vestidos, ni Sulaima Hind se enteró de las crónicas que le dediqué a los tormentos de su condición de niña abandonada en las calles de Copenhague, ni Lotte Inuk sospecha que miles de lectores gallegos estuvieron intrigados durante algún tiempo con el misterioso significado de las tiras de colores (amarillas, verdes, rojas) que llevaba en la pierna derecha, a la altura de la pantorrilla, y que cambiaba cada día, ni el islandés Einar Orn Gunnarsson conoce mis referencias a sus euforias vinícolas, cuando descendió del tren en Moscú haciendo la puñeta y los cuernos a todo el mundo, provocando al día siguiente un titular de prensa escandaloso sobre la condición ética de todos nosotros; ni David Muradyan, el armenio, se enteró de mis comentarios sobre sus portentosas habilidades pianísticas ejercitadas con pasión y con elegancia en los vestíbulos de los hoteles o en los restaurantes; ni los ucranianos tuvieron conocimiento de mis críticas sobre el escrito que promovieron contra los escritores rusos por causa de la guerra de Chechenia.

No era fácil que lo supieran. Europa somos cuarenta y cuatro países, si mal no recuerdo, pero unos son más y otros somos menos, sobre todo a la hora de hacer oír nuestras palabras, a pesar de los prodigios y los artilugios de la técnica. A este respecto, por ejemplo, nunca llegamos a saber cuántas lenguas estaban representadas en el tren. Cada vez que llegábamos a una nueva etapa, en el discurso protocolario de agradecimientos, Thomas Wohlfahrt, nuestro director y guía, iba desgranando sus dudas, que eran también las nuestras. Unas veces decía: "En el tren viajan noventa lenguas". En otras ocasiones comentaba: "Son más de cien lenguas las que viajan en este Expreso de la Literatura". Esa variación constante, arriba y abajo, a mí siempre me pareció un símbolo: nadie sabía, en realidad, en qué consistía, por lo menos en términos numéricos, la diversidad lingüística de la Europa que estaba atravesando su propio territorio, representada, entre estación y estación, por los pies cansados de más de cien escritores nacidos en el inmenso suelo que pisaban. La diversidad no resulta fácil, sobre todo cuando hay que reducirla a números. Estaba claro, por lo tanto, que éramos muy diversos, pero no sabíamos exactamente cuán diversos éramos.

Esto de la diversidad fue lo primero que me llamó la atención al llegar a Lisboa el día 6 de junio. A la hora del desayuno de la primera mañana que pasamos juntos los miembros de la expedición, cuando todavía la amistad no había empezado a romper la identidad cerrada de cada tribu, resultaba relativamente fácil, incluso por el aspecto, adivinar la procedencia de los distintos grupos, por lo menos los dos más grandes y visibles: europeos del Oeste y europeos del Este. Después, dentro de cada uno de estos, aguzando un poco el oído, las familias lingüísticas: alemanes, ingleses, franceses, italianos, portugueses, españoles, por un lado; y todos los demás, por el otro. Digo todos los demás, sin matices, porque una persistente incapacidad auditiva, por lo menos para un occidental, hacía prácticamente imposible distinguir a ucranianos de rusos o bielorrusos, e incluso de georgianos, armenios o azerbaiyanos. Recuerdo que mientras saboreaba mi primer café en

aquella hermosa mañana soleada del mes de junio, sentado yo solo en un rincón del comedor, pensaba que la misma dificultad que se me presentaba a mí para distinguir entre lenguas tan diversas, probablemente se le presentarían también a ellos (quiero decir a los orientales) para distinguir entre las nuestras.

¿Las nuestras o la mía? Porque las nuestras, es decir, el inglés, el francés, el alemán, el italiano, el portugués o el español, me parecía a mí que no les serían difíciles de identificar. Pero, ¿qué pasaría, por ejemplo, con el catalán, o con el euskera, o con el gallego? ¿Y con el bretón o el corso o el occitano? ¿Y el galés y el gaélico? Algunas de esas lenguas ni siquiera tenían representación en el tren, pues el único país de la Europa occidental que envió a un escritor representativo por cada uno de los cuatro idiomas que se hablan en su territorio fue España. En aquellos primeros momentos yo estaba convencido de que la inmensa mayoría de los colegas con los cuales iba a convivir durante mes y medio, tanto orientales como occidentales, ignoraban la existencia de lo que yo representaba allí: una pequeña literatura de vieja y rica tradición medieval, escrita en una lengua maltratada durante siglos, hermana del portugués, hablada en un rincón del noroeste de la Península Ibérica por cerca de dos millones de personas, con un brillante cultivo en los últimos cien años, pero escasamente conocida fuera de España. Y que ellos, mis colegas, formaban parte ya de esa literatura, como personajes, paradójicamente sin saberlo, gracias a mis crónicas diarias.

No tenía nada de particular. Entonces yo tampoco era del todo consciente de que en Europa hay cuatro alfabetos distintos (romano, griego, cirílico y georgiano) ni sabía de otras muchas particularidades relacionadas igualmente con la diversidad. Recuerdo, por ejemplo, cuando un día, uno de los escritores rusos me pidió la versión hecha a su lengua del relato que yo había aportado al proyecto, *Un pulpo gigante*, pues tenía interés en leerlo, y me lo devolvió desolado unas horas más tarde diciendo: “Esto no es ruso, sino ucraniano, y no puedo apenas entenderlo”. ¿De modo que ucraniano y ruso no eran idiomas similares? ¿Aún siendo distintos idiomas, no podían entenderse los hablantes de uno y otro? Fue algo parecido a lo que me había sucedido unas semanas antes, en el viaje de Lisboa a Madrid, cuando uno de los georgianos del tren me preguntó amablemente si quería que me escribiera mi nombre en el alfabeto de su país. ¿Es que el georgiano no se escribe en cirílico como el ruso? En ese momento me di cuenta de que los más diversos, es decir, los más pequeños, lo teníamos muy difícil y complicado en una Europa tan compleja que ni siquiera era consciente de su propia diversidad.

Compleja Europa, ¿para qué? Esa pregunta se plantearía muchas veces a lo largo del viaje, en las demoradas tertulias que se organizaban espontáneamente por las noches en los vestíbulos de los hoteles o en los bares y cafés de las ciudades que íbamos atravesando. Para mi sorpresa, los más beligerantes al respecto eran los irlandeses. Ellos, habitantes de un país con una lengua propia distinta del inglés, parecían en cambio completamente desinteresados por un debate que les semejava irracional, voluntarista, anacrónico, ocioso e innecesario. Con un pragmatismo lingüístico que recordaba a los entusiastas defensores del esperanto como lengua universal, opinaban que lo más lógico y natural para un español, por ejemplo, sería escribir en español y no en cualquiera de las otras lenguas regionales. Efectivamente, si el criterio fuese exclusivamente de tipo práctico, no les faltaba razón e incluso el argumento se podría elevar un paso más arriba para redondear su apabullante carga racional (no tan lógica, sin embargo) y concluir que en ese caso tampoco tendría demasiado sentido que los españoles no escribiesen directamente en inglés.

Todos en inglés. Era lo que sucedía en el tren. Cada vez que un miembro de una tribu quería relacionarse con un miembro de otra tribu, recurrían ambos inevitablemente al

inglés, o a algo que se parecía al inglés, como quedaba de manifiesto en los actos públicos en los que participaban los ingleses. Porque aquí también había diferencias. Estas iban desde el hermoso inglés de Glenn Patterson, por ejemplo, impecable y armonioso en su recta pronunciación, hasta el del arzerbaiyano Chingiz Abdullajev, escritor exitoso de novelas policiacas en su país, traducidas en casi todo el mundo, que hizo célebre la frase enigmática, repetida una y otra vez a lo largo del viaje, “One man, one books”, que empleaba además el pronombre de segunda persona ‘you’ en vez de “P”, lo cual llegó a crear situaciones verdaderamente cómicas, como sucedió en Hannover, en medio de un parque, cuando le dijo a un periodista portugués “*You, communist!*”, ante las protestas airadas de éste, que no era ni quería que lo tomaran por comunista, o cuando, en el ascensor de un hotel, creo que en Dortmund, Chingiz pidió desde el fondo del ascensor que marcaran el piso séptimo con una frase rotunda y genial, pronunciada con la elegancia cordial y bondadosa que caracterizaba siempre su amable comportamiento: “*Please, seven o'clock*”.

Sin embargo, a pesar del encuentro a través del inglés, las diferencias persistían, no sólo las lingüísticas, sino las anímicas, es decir, ese magma personal de sentimientos y de vivencias que precisamente se expresan siempre mejor a través de la propia lengua. Por ejemplo, como si se tratase de una inflexible ley de hierro, los escritores provenientes de los antiguos países comunistas, educados en el ateísmo, eran, en general, religiosos. Al contrario, los que habíamos sido formados, por lo menos en nuestra infancia, en los valores del catolicismo o el cristianismo, éramos, en general, agnósticos. Y si del plano religioso, pasábamos al político, ocurría algo similar. Ellos demostraban un entusiasmo desbordado, que a nosotros nos parecía ingenuo, con la economía y la política liberales, con la privatización y el mercado, en sus versiones más extremas, más o menos pro americanas, el gran enemigo de antes; de la misma manera que nuestras posturas críticas o escépticas las juzgaban infantiles, cuando no irresponsables, inconscientes o caprichosas, propias de gentes mimadas por la Historia. Finalmente, lo que para nosotros eran conquistas irrenunciables, como la seguridad social o la asistencia sanitaria gratuita, les parecían a ellos excrecencias socialistas incrustadas en un sistema condenado a la bancarrota y el fracaso si no cambiaba de rumbo. Estaba claro que por las tierras comunales de la vida transcurren cien mil ríos diferentes.

Diferencias de esa misma índole se presentaron cuando a los ucranianos se les ocurrió, al llegar a Moscú, promover un escrito de denuncia contra los escritores rusos por lo que ellos estimaban que era una posición complaciente o cómplice en el asunto de la guerra de Chechenia. Yo me imaginé que algo raro pasaba, una tarde, cuando me encontraba charlando en la embajada francesa, en el transcurso de una recepción organizada en honor de los integrantes del Expreso de la Literatura, con el poeta Eugeni Evtuchenko, a quien había conocido en el año 1983 con motivo de una invitación que me había hecho la Unión de Escritores Soviéticos para visitar la URSS durante seis semanas. En un momento de aquel coloquio amistoso, uno de mis compañeros españoles, el poeta Alberto Porlan, que participaba también en la charla con el escritor ruso, me comunicó que uno de los colegas ucranianos, con los que había hecho una buena relación amistosa a lo largo del viaje, lo había llamado aparte hacía un par de minutos para recriminarle, con palabras poco amables, irónicas y sarcásticas, que estuviese hablando con Evtuchenko, un escritor cómplice con el genocidio del pueblo checheno.

Aquel mismo día por la noche, durante la recepción que nos ofreció el Ministro ruso de Comunicaciones, los ucranianos hicieron circular, recabando firmas, el escrito de denuncia sobre la guerra de Chechenia. De nuevo, afloraron las diferencias entre nosotros. En mi caso, por ejemplo, yo estaba dispuesto a firmar un escrito contra la guerra, pero no el

escrito que ellos habían elaborado, pues si éste abrigaba la pretensión de que tuviese el carácter de un documento oficial emitido por los pasajeros del Expreso de la Literatura, lo lógico y lo democrático sería que fuese elaborado escuchando a todos, incluso a los propios rusos. Por lo que respecta a otros miembros del tren, hubo posturas muy diversas: los armenios, por ejemplo, no querían firmar un documento que iba en contra de su propia seguridad, pues estimaban que un triunfo de las tesis nacionalistas en Chechenia y la derrota política y militar de los rusos podría tener graves consecuencias para ellos, incluso para sus propias vidas. Como es lógico, en cambio, mi compañero Edorta Jiménez, escritor en lengua vasca y militante del movimiento independentista de su tierra, apoyó el escrito con entusiasmo.

La introducción de la política en el tren fue el único factor de división que se produjo, tal como yo le había vaticinado a uno de los ucranianos, cuando le hice saber que ese documento que preparaban nunca podría obtener la unanimidad de los viajeros, ni siquiera de la mayoría, con lo cual resultaba contraproducente e ineficaz, además de que un documento promovido por los ucranianos contra los rusos tenía todo el aspecto de ser un ajuste de cuentas entre rivales, para lo que bastaba, por lo tanto, con que lo firmasen ellos solos, sin arrastrar a los demás a una lucha entre grupos enfrentados unilateralmente. Desde mi punto de vista personal, no me parecía aquél un procedimiento democrático, como no me lo pareció tampoco un par de días después el hecho de que los mismos ucranianos hicieran circular en el tren un documento de denuncia, sin hablar previamente con el interesado, comentando en términos muy duros unas polémicas declaraciones, ciertamente muy discutibles, que el ruso Varlamov había hecho a la revista 'Literaturnaya Gazeta' sobre la guerra de Chechenia. La respuesta de éste, que se produjo unos días después, inteligente y matizada, venía a restablecer el principio democrático de que hay que escuchar siempre lealmente a las dos partes cuando existen dos versiones contradictorias de un mismo hecho.

Principios democráticos, democracia. “¿Para qué sirve la libertad?”, nos había preguntado sin cinismo ni ironía ni agresividad, en Kaliningrado, un nuevo ruso, miembro de la flamante clase económica surgida tras la desaparición de la Unión Soviética. Me hubiera gustado responderle que se añora y se valora sólo lo que se pierde, no lo que se ignora. La conversación transcurría no muy lejos de la tumba de Kant, a las puertas de la catedral destruida de la antigua ciudad de Königsberg. Por depositar flores ante aquel monumento dedicado al ilustre filósofo alemán, el tío de uno de los escritores que viajaban en el tren pasó varios años en la cárcel. Él supo para qué sirve la libertad, como lo sabía también Lara, una joven profesora a la que conocí aquellos días, que trabajaba duramente, en horarios de una intensidad demencial, para pagarse un coche, que ya había comprado, y para seguir comprando Chanel número 5, que era el olor que desprendía su cuerpo. ¿Podríamos ponernos de acuerdo, en el caso de que hablásemos de Lara, por ejemplo, sobre qué representaba la libertad para aquella muchacha eufórica y feliz? ¿La alienación de un consumismo estúpido o la consecuencia de la libertad de mercado que tanto les gustaba a nuestros colegas del este? ¿O simplemente la libertad, sin adjetivos? Nunca lo saqué a discusión porque adivinaba las respuestas de antemano, tanto la mía como las de los demás. Cada uno es hijo de su historia.

También intuía las respuestas, igualmente diversas y contradictorias, que íbamos a dar los viajeros del Expreso cuando llegamos a Bielorrusia y algunos colegas del país nos informaron sobre la existencia de escritores en prisión. Durante una fiesta campestre, organizada por las autoridades de Minsk en las afueras de la ciudad, un grupo de escritores del tren nos encontramos discretamente, mirando con precaución a los lados y bajando la

voz como si fuésemos conspiradores, con personas que ofrecieron algunos nombres y direcciones que podían dar datos seguros al respecto. Podían intuirse las respuestas asimismo al día siguiente, cuando en el transcurso de un debate público sobre cuestiones literarias, en el que participábamos la mayor parte de los escritores del Expreso, los traductores oficiales, con un arte y una habilidad aprendidos en largos años de práctica censora, dejaban de traducir todo lo que tuviese que ver con derechos humanos, defensa de la libertad de expresión o denuncia de cualquier tipo de represión intelectual. En vano sirvió que los escritores rusos del tren, los únicos que entendían, levantaran su voz contra los intérpretes, exigiéndoles que tradujeran lo que se decía. Aquellas protestas estuvieron muy bien, pero perdimos una magnífica ocasión para firmar un documento contra la dictadura de Lukachenko, que probablemente hubiera conseguido la unanimidad que no se había conseguido con el de la guerra de Chechenia. ¿Para qué sirve la libertad?

Atravesando Europa de sur a norte y de este a oeste, la lucha por la libertad parecía ser la protagonista de la historia. En Lisboa y en Madrid, todavía resultaban visibles los recuerdos de las dictaduras de Salazar y de Franco, padecidas por la mayoría de los escritores peninsulares que viajábamos en el Expreso. Al llegar a Alemania, desde Dortmund a Berlín, una arquitectura pudorosa, de reconstrucción imposible, trataba de ocultar con dignidad la destrucción de unas ciudades que habían sido completamente arrasadas apenas cincuenta años antes, un espacio de tiempo que cabía en la biografía personal de muchos de los escritores presentes en el tren. Detrás de las fachadas reconstruídas se escondía una de las grandes catástrofes de la Historia, cuando la libertad estuvo a punto de desaparecer del mapa de Europa, barrida por el fanatismo, la intolerancia y la locura. Un poco más allá, en Kaliningrado, el homenaje a los muertos, celebrado ante un memorial gigantesco, transcurría en medio de un hermoso parque circundado por un río pestilente, reminiscencia de otros tiempos que probaba que la falta de libertad también puede afectar a las narices. Y a la memoria, como testimoniaban algunos escritores de la antigua URSS, sobrecogidos todavía por el espectáculo de un ceremonial donde los pioneros habían sido sustituidos por niños de las escuelas y el secretario general del partido dejaba su sitio a un joven pope de abundante barba negra, que en vez de lanzar un discurso retórico sobre la paz, rezó una oración. ¿Por qué muertos? ¿Por unos o por todos?

Días después, llegamos a los países Bálticos, con su independencia apenas estrenada, con la conquista reciente de una libertad largamente añorada. En Tallin, el Presidente de la nueva República, un anciano venerable, de aspecto noble, nos habló con dignidad y con emoción de sus amargas experiencias en el Gulag. Resultaba imposible no sentirse solidario con su azarosa historia de sufrimientos, con su perfil heroico de luchador inquebrantable contra un enemigo infinitamente cruel y poderoso, o con su ilusionado proyecto de construcción nacional y afianzamiento de la propia identidad. ¿Pero qué sentir, al mismo tiempo, por el taxista ruso que me transportó aquella misma noche desde el Palacio Presidencial hasta la hermosa parte vieja de la ciudad y me informó sobre su condición de paria, sólo por el hecho de ser ruso en territorio estonio, privado de pasaporte, sin nacionalidad a pesar de haber vivido allí desde que tenía un año de edad, reducido a la condición administrativa de ‘ciudadano extraterritorial’, condenado a que sus hijos no pudieran estudiar en adelante su lengua materna, el ruso, en las escuelas? La diversidad del presidente y la diversidad del taxista semejaban incompatibles. El primero, más fuerte, parecía optar ahora por la unidad de los suyos y dejar al margen a los otros, aunque fuesen la mitad de la población.

Y después de los países del Báltico, San Petersburgo, con excursión programada por las autoridades locales para visitar uno de sus lugares sagrados: el instituto Smolni, desde el

cual Lenin dirigió la sublevación en 1917. Nos enseñaron el despacho del padre de la revolución, la celda espartana que compartía con Nadezhda Krupskaja, el salón donde se reunió el II Congreso de los Soviets y se constituyó el Consejo de Comisarios del Pueblo, algunas cartas y un buen número de objetos personales. Al salir, dos escritores del tren, uno de ellos procedente de alguno de los países del Báltico y otro natural de Eslovaquia, ambos con el pelo rapado al cero, pretendieron retratarse ante la estatua de Lenin haciéndole un enorme corte de mangas, que les fue censurado, no sin razón, por los anfitriones rusos. La libertad no debe estar reñida con la cortesía, aunque duela. A mí me hubiera gustado, sin embargo, que entre los lugares sagrados de San Petersburgo estuvieran también, con visitas programadas, la casa de Dostoievski o la de Nabokov o la de Ana Ajmátova o el antiguo Hotel Inglaterra, hoy anexo al Astoria, donde en 1925 se pegó un tiro el poeta Serguéi Yesenin. Ellos eran también parte de la historia, la que cuenta los avatares de los escritores rusos y la libertad.

Después de todo, éramos un grupo de escritores, y la literatura había sido, durante varias semanas, el vínculo que más fuertemente nos unía por encima de lenguas, de historias o de memorias atormentadas. Incluso por encima de la política, capaz de desatar violentas pasiones fratricidas. No hay que olvidar que en el tren viajaban escritores de países en conflicto: turcos y griegos, chipriotas de ambos lados y habitantes de la antigua Yugoslavia. Durante los primeros días de viaje, fuimos muchos los que estuvimos pendientes de sus reacciones. Cuando el paso del tiempo y la convivencia habían ya demostrado ser más fuertes que cualquier otro factor de disgregación o enfrentamiento, o cualquier prejuicio, al llegar a Hannover, alguien tuvo la ocurrencia de que se podía organizar un partido de fútbol. Aceptada la iniciativa, quedaba sólo por saber cómo se constituirían los dos equipos rivales, quién jugaría contra quién. No conozco los detalles de lo que ocurrió entre bastidores antes de que los contendientes saltasen al campo, pero finalmente se formó un equipo con croatas, bosnios y yugoslavos contra todos los demás. Tampoco sé si la noticia llegó a los países de la improvisada selección balcánica y si a alguien le pudo rondar por la cabeza o por la boca o por la pluma la idea de pensar, pronunciar o escribir la palabra ‘traición’.

El entendimiento y la hermandad nunca traicionan. Entramos diversos en el tren y salimos unos, aunque no revueltos, gracias a las relaciones personales, que fructificaron en una gran amistad colectiva. La lengua inglesa, incluida la “modalidad abduccionista”, demostró ser un instrumento potente para entendernos mejor. Más difícil resultaría entenderse tal vez por la parte de abajo, es decir, allí donde radican nuestras emociones más primarias, con las que hemos tejido nuestras historias personales y sociales, nuestras particulares visiones del mundo, ese sólido macizo elaborado fundamentalmente con palabras capaces de crear cadenas o de romperlas. Las lenguas con que se fabrican esas palabras son todas iguales, lo mismo las que se ven como las que apenas se perciben, como sucede con la pequeña lengua en la que escribo yo ahora estas líneas de reflexión y de recuerdo. No pido más que un lugar para ella bajo el sol de la Europa que aspiramos a construir, para ella misma y contra nadie, para todas las demás. Sólo con el propósito de emplear sus vocablos más bellos (solidaridad, libertad, amistad) y expresar con ellos la memoria del pueblo en el que nací, este viejo rincón de Europa que alberga la tumba del Apóstol Santiago y al que se llega siguiendo a través del cielo el más hermoso camino de estrellas que existe en el firmamento. Si la razón marca la dirección de una lengua universal, la lógica dice también que lo diverso y lo complejo son la forma inevitable de todo lo real. Que es también la materia con que se construyen nuestros ideales. Entre ellos, el de esta Europa que entre todos hicimos realidad, como un símbolo, durante seis semanas, en el tren que nos llevó desde Lisboa a Berlín, pasando por Moscú.